



# CUENTOS PARA ADOLESCENTES ROMÁNTICOS

Saúl Schkolnik

SAÚL SCHKOLNIK

**CUENTOS PARA  
ADOLESCENTES  
ROMÁNTICOS**



*Ilustraciones de*  
PABLO OYARZÓN.

*Delfín de Color*  
I.S.B.N.: 956-12-1253-6.  
12ª edición: octubre del 2004.

*Obras Escogidas*  
I.S.B.N.: 956-12-1392-3.  
13ª edición: octubre del 2004.

© 1990 por Saúl Schkolnik Bendersky.  
Inscripción N° 75.783. Santiago de Chile.  
Derechos de edición reservados por  
Empresa Editora Zig-Zag, S.A.  
Editado por  
Empresa Editora Zig-Zag, S.A.  
Los Conquistadores 1700. Piso 10. Providencia.  
Teléfono 8107400. Fax 8107455.  
E-mail: zigzag@zigzag.cl  
Santiago de Chile.

Impreso por RR Donnelley Chile.  
Antonio Escobar Williams 590, Cerrillos.  
Santiago de Chile.

## ÍNDICE

¿Por qué las lágrimas son transparentes?  
7

¿Por qué los relojes hacen tic-tac?  
25

El congreso de los sabios tontos  
43

Pie de flor  
65

¿Por qué no hay rosas negras?  
79

La bailarina  
99





¿POR QUÉ LAS LÁGRIMAS  
SON TRANSPARENTES?



Había una vez, en un lugar cercano, un río.

Era un río muy ancho, que corría majestuoso y sereno, llevando por su cauce todo el agua de la región.

Y era además un río muy bueno, pues dejaba que todas las lavanderas lavaran su ropa en la orilla. Y dejaba también que los niños se bañaran en sus aguas. Y dejaba que los campesinos abrieran canales para regar sus campos. Y dejaba que las niñas

se miraran como en un espejo para peinar sus trenzas.

Era un río muy bueno.

Pero no era un río como los que tú conoces. ¡No! Era un río muy diferente: ¡El agua que llevaba era agua de color!

Tenía agua azul, agua roja, blanca, lila, amarilla, verde... en fin, de todos los colores. Mirándolo, parecía como si uno estuviera contemplando un hermoso arco iris.

Una tarde, una de esas tardes sombrías y largas, llegó una niña triste hasta la orilla del río y se sentó apenada.

— ¿Qué te sucede? — le preguntó el río al verla tan pequeña y desamparada.

— Tengo pena — contestó la niña.

— Si tienes pena — le dijo el buen río —, asómate a mi orilla, mírate en mis aguas de colores y así se te pasará tu tristeza.

Se inclinó la niña, asomándose a la orilla del río y vio una carita triste reflejada en el agua; pero también vio el reflejo del sol que estaba allá en lo alto, y vio que se estaba poniendo viejo, vio que algunos de sus rayos ya no eran dorados, eran grises, grises como el pelo de los bisabuelitos, y esto la hizo olvidarse de su propia pena.

— Amigo sol — le dijo —, ¿qué te sucede?

— Me estoy volviendo viejo. Mis rayos comienzan a ponerse grises. ¿Cómo podré entonces iluminar el mundo? ¿Cómo dar calor a los niños?

La niña se imaginó un mundo sin luz y a los niños tiritando de frío, y pensó que tenía que ayudar a su amigo sol.

— No te aflijas, yo tengo la solución de tu problema — le respondió —: asómate a la orilla del río y mírate en su agua dorada.

Lo hizo así el sol y contempló su ima-

gen y sus rayos brillantes y dorados, y sonrió satisfecho dándole más luz a la tierra y más calor a los niños.

Viéndolo feliz, la niña le preguntó al río:

—Amigo río, ¿puede el sol dejarse tu agua dorada para rejuvenecer?

—Si eso ayuda al sol, se la regalo —contestó el buen río.

Y le regaló su color dorado.

En ese momento una garza se posó junto a la niña; estaba preocupada y afligida.

—¿Qué te sucede? —le preguntó la niña.

—Amiga mía —le dijo la garza—, no sé qué hacer. Yo era blanca como la nieve, pero en el camino hacia estos lugares me ha caído hollín, me ha salpicado el barro y me he manchado. Por más que lavo mis



plumas no he podido volver a recuperar mi blancura. ¿Qué puedo hacer?

La miró la niña y vio que en efecto la pobre garza estaba sucia, salpicada de barro y manchada con hollín. Compadeciéndose de ella le dijo:

— Asómate a la orilla del río y mírate en su agua blanca.

Se asomó la garza y vio su imagen en el río tan blanca como la nieve.

Todas las manchas habían desaparecido. Batió la garza sus alas blancas y suspiró dichosa.

Viéndola feliz, la niña le pidió al buen río que le regalara su agua blanca, pues así ya no tendría manchas.

Y el río le regaló su color blanco.

El cielo, que estaba cubierto de nubes y muy abatido, vio aquello y la llamó:

— Niña amiga — le dijo.

— No sé qué hacer — le contestó el cie-

lo...: las lluvias me están destiñendo. ¿Recuerdas ese hermoso y profundo azul que yo tenía? ¡Pues mírame, mírame ahora... apenas si estoy celeste! Si sigo así voy a desaparecer por completo y los volantines no podrán volar por ningún cielo.

Lo miró la niña y vio que, en efecto, el cielo ya no tenía un azul intenso. Pensó que si seguía destiñéndose podría hasta desaparecer, y sin recordar su propia pena, se compadeció de él.

—Asómate a la orilla del río y mírate en su agua azul — le dijo.

Se miró el cielo en el agua y vio su imagen azul: de ese azul que parece perderse en las profundidades misteriosas del cielo. De ese azul que aman los pintores y cantan los poetas. “¡Qué bien me veo!”, pensó.

Adivinando su pensamiento, la niña le dijo:

—Pidámosle al río que te regale su

agua azul para que recobres tu belleza y tu profundidad.

Y el río le regaló su color azul.

Una copihuera crecía en las márgenes del río. Pero era una copihuera que no podía dar copihues.

— ¿Por qué no puedes dar flores? — le preguntó la niña —. ¿Qué te sucede?

— Niña amiga — contestó pensativa la planta —, no puedo dar copihues porque se me ha olvidado cómo era el color de mis flores. ¿Qué puedo hacer? Ahora sólo tengo hojas y nadie se acerca a tomar un copihue para su amada. Si tuviera uno, te lo regalaría — añadió.

Se acordó la niña de los enamorados tiernos y románticos, y de cómo tímidamente le daban una flor a su amada mientras miraban pasar las aguas del río, y se compadeció de la copihuera.



—Asómate a la orilla del río y mírate en su agua roja —le dijo.

Así lo hizo la copihuera, y al mirarse en el agua se vio cubierta de grandes copihues, rojos como la sangre y perfumados. “¡Cuántos copihues tengo”, se alegró, “y son tan grandes y lindos! ¿Quién querrá alguno?”.

—Son hermosos tus copihues, en verdad —le dijo la niña—, así que le pediré al río que te dé su agua roja para que tengas muchas, muchas flores.

Y el río le regaló su color rojo.

Uno a uno, la niña triste y el buen río fueron regalando los colores.

El verde se lo regalaron a un árbol verde que no podía reverdecer en primavera. El negro, a la negra noche; el gris, a una nube tormentosa; el lila, a un atardecer; y el morado, a una ciruela.

Pero entonces el río se acordó de la pena que la niña tenía, y le preguntó:

—Niña, aún no me has dicho por qué tienes pena.

—Yo tengo pena, río— porque tengo pena ...contestó la niña y se quedó callada.

—Pobre mi niña triste —le dijo el río, acariciándola con su espuma.

—Tengo pena porque ya no soy una niña —siguió diciendo la niña—: ahora soy una persona grande... y ¡claro que me gusta ser grande! Pero me da mucha pena, porque ya no puedo jugar con mis muñecas, y no puedo tirarle piedras a las gallinas, y no puedo subirme a las sillas ni saltar en las camas... Y no es que eso lo eche mucho de menos... —añadió, suspirando.

—Pero te da pena —le indicó el río.

—Me da pena hacerme grande, me da

pena no ser más niña. Y no sé qué hacer  
—terminó la niña.

Entonces el río le preguntó:

—¿Por qué no lloras si es pena lo que sientes?

—¿Llorar?... llorar... ¿Y para qué se llora? —preguntó extrañada.

—Se llora para aliviar las penas —le respondió el río—. Se llora, se canta y se ríe para aliviar las penas, pero primero, primero se llora.

—Entonces quisiera llorar un poquito. ¿Pero sabes, mi río? —le confesó avergonzada—, no sé llorar, porque hasta ahora nunca he llorado. ¿Cómo se hace para llorar cuando uno tiene pena? —preguntó la niña, que hasta entonces nunca había llorado de pena.

—Nacen en tu corazón unas lágrimas y se asoman a tus ojos —le enseñó el río—. Esas son lágrimas de pena.

— Una lágrima de pena — repitió para sí la niña —. ¿Cómo serán las lágrimas de pena?

El río oyó la pregunta y se compadeció de la niña:

— Asómate a mi orilla y mírate en mis aguas de colores, para que tu lágrima tenga todos los colores del mundo y tú puedas alegrarte — le dijo.

Tan triste se había puesto el río, tan suavemente pasaban sus agua río abajo, que se había olvidado por completo que ya no era de color, que él y la niña los habían regalado todos.

Se inclinó la niña, asomándose a la orilla, y una lágrima que había nacido en su corazón se asomó a los ojos y rodó despacito por su mejilla.

Era una lágrima grande, y era transparente como el agua del río que ya no tenía colores. Otras lágrimas transparentes y

cristalinas mojaron la carita de la niña y fueron cayendo al agua.

El río miró las lágrimas y se dio cuenta que no tenían color. Entonces se acordó que los había regalado todos, y aunque estaba feliz de haberlo hecho, pensó que le hubiera gustado tenerlos en ese momento para aliviar la pena de la niña.

Pero el cielo adivinó lo que el río pensaba y se puso a llorar despacito, y el sol iluminó con sus rayos las gotitas de lluvia del cielo, y un arco iris apareció, en el que estaban todos los colores del mundo.

Todos los colores que antes habían tenido las aguas del río.

La niña miró el arco iris y en sus lágrimas se formó otro pequeñito, pequeñito como había sido la niña, se metió por sus ojos y deshizo con sus colores las penas y le alegró el corazón.

La niña miró al río y vio su imagen son-

riendo en el agua. En la mejilla, sin atreverse a salir del todo, había quedado una lágrima rezagada, tímida, pura y transparente.

El río miró a la niña, y viéndola sonreír con una lágrima en la mejilla, se sintió feliz y le regaló su color transparente.

Había una vez, en un lugar cercano, un río.

Era un río muy ancho, que corría majestuoso y sereno, llevando por su cauce toda el agua de la región.

Y era un río como los que tú conoces, sólo que sus aguas eran tan transparentes y puras como las lágrimas de los niños.



¿POR QUÉ LOS RELOJES  
HACEN TIC-TAC?



Has de saber que antes los relojes no hacían tic-tac como ahora. No hacían ningún ruido: ni tic-tac, ni puf, ni cataplum.

Contaban las horas en silencio, una tras otra, sin equivocarse y sin saltarse ninguna. Ni siquiera se olvidaban de contar las siete, que son tan difíciles de contar.

Sucedió una vez, allá en un reino, que había un relojito. Era pequeño, redondo y mofletudo. Sus dos manecillas daban vueltas y vueltas recorriendo las horas.

El relojero lo había hecho muy hermoso porque era el reloj de la princesa. Estaba adornado con brillantes y con rubíes. Con alas de mariposa y pétalos de jazmines. Con marfil de la China y cedro del Líbano. Sus números eran de oro y sus manitas de plata. Era, en fin, el reloj más hermoso del reino.

Pero era tímido, muy tímido, tanto que todos lo creían orgulloso y altivo. En las noches, el espejo conversaba con la polvera, los frascos de perfume se ponían a bailar, las peinetas y los cepillos hablaban de peluquerías y peinados, pero nadie se acercaba al reloj. Él no conversaba y se estaba muy quieto, contando las horas sin decir nada, sobre el velador de la princesa. Nadie sabía lo que el relojito adornado con perlas y amatistas, con polvo de estrellas y sonrisas de hada, pensaba, sentía o amaba...

Una mañana, la princesa amaneció enferma.

Vinieron sus nodrizas, que siempre estaban muy de-punta-en-blanco, y la encontraron enferma.

Vino su mamá la Reina y su papá el Rey. Y éste, acercándose al lecho, puso su mano en la frente de su hija y la encontró ardiendo: la princesa tenía fiebre.

—¿Qué tiene mi princesa? —le preguntó su madre.

—Nada, mamá, nada —contestó la princesita con la mirada triste.

Y vinieron las damas y los caballeros de la corte, que siempre estaban curioseando por todos los rincones del palacio y que querían saberlo todo, y le preguntaron cómo se sentía.

—Estoy bien —contestaba siempre la princesita. Pero se notaba que no era cierto y que pensaba en cosas muy lejanas.



Entonces llegó el doctor de bonete colorado y la examinó. Le recetó un jarabe y tres pastillas dos veces por día.

Pero la princesita no quiso tomar remedios y tampoco quiso comer, y tampoco quiso decir lo que tenía.

Así pasaron varios días. La princesa fue debilitándose más y más. Su carita se fue poniendo pálida y llegó a confundirse con la blanca almohada.

Ni el doctor de bonete colorado; ni las damas ni los caballeros de la corte, a pesar de andar siempre curioseando, no sabían nada; ni sus nodrizas muy de-punta-en-blanco. Ni siquiera su papá el Rey y su mamá la Reina sabían qué hacer.

Lo que pasaba era que la princesa tenía un gran dolor: su amado príncipe azul estaba lejos y no volvía. Había ido a matar dragones y ella lo creía muerto. La prince-

sita, por lo tanto, no quería vivir; también quería morir.

Un día negro, negro, el corazón de la princesita empezó a latir más despacio. Ya no hacía tic-tac, como tu corazón o como el mío. Ahora iba más lento. Hacía tic, esperaba un ratito. Hacía tac, esperaba otro poco. Hacía tic, luego esperaba y hacía tac. Y así muy despacio.

Todas las damas y los caballeros de la corte, muy apenados y sin ganas de curiosear, se fueron al salón. La princesita se iba a morir.

—Esta niña no quiere vivir —dijo con tristeza el doctor del bonete colorado— y mi medicina no puede curar eso. Ahora, el sonido cada vez más débil de su corazón terminará por matarla.

—Y se fue también al salón.

El papá Rey y la mamá Reina y las no-

drizas muy de-punta-en-blanco lo siguieron llorando.

El dormitorio quedó vacío y silencioso. Sólo se oía un tic... tac... cada vez más lento.

La princesita se estaba muriendo.

Los frascos de perfume miraban al espejo y los peines a los cepillos, pero todos habían enmudecido.

El relojito había estado siempre junto a la princesita. No había descansado ni un momento. Había contado todos sus segundos, sus minutos, sus horas, sus días y sus años. El relojito amaba en silencio a la princesa.

Y ahora que veía a la niña en la camita su tristeza era enorme. Pero cuando oyó lo que el doctor dijo ya no soportó más, y sacando fuerzas de su pena quiso hablarle. No sabía cómo hacerlo; quería que sus palabras llegaran al corazón de la princesita

para convencerlo que no se detuviera, que siguiera viviendo para que ella pudiera volver a correr y a saltar, a reír y a llorar.

Entonces, tratando de contarle algo así como una historia, el relojito le dijo:

— Tac — y su latido resonó en toda la pieza.

El corazón, que estaba ya casi detenido, oyó el latido y contestó con un débil:

— Tic... tac... — que apenas se escuchó.

Haciendo otro esfuerzo, el reloj le dijo de nuevo:

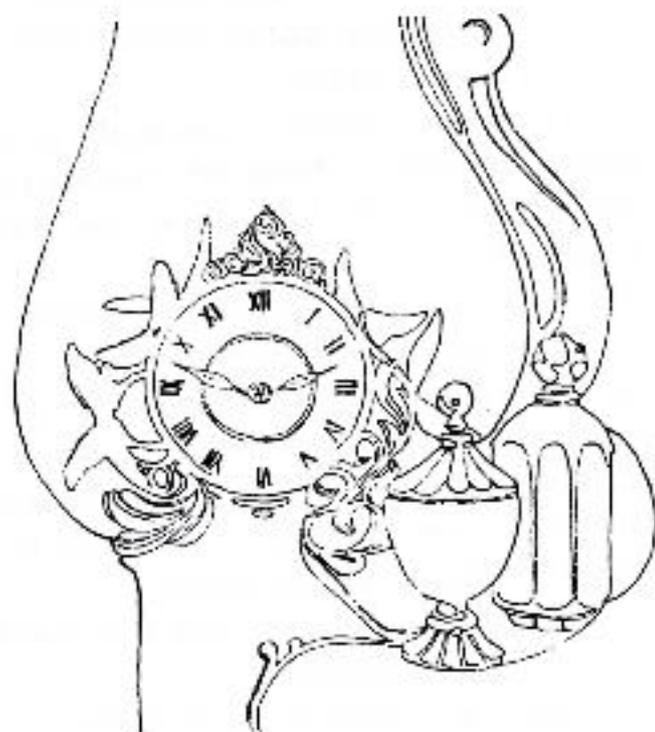
— Tic...

Y el corazón volvió a responder:

— Tac... tic... tac — todavía débilmente.

Lleno de esperanzas, el relojito empezó a enseñarle a latir al corazón de la princesita que estaba muriendo; le murmuraba muy despacito:

— Tic... tac... tic... tac... — y cada vez el corazón de la princesa, aprendiendo de



nuevo a vivir, le contestaba con otro tic... tac...

Muy suavemente el reloj fue apresurando sus latidos y el corazón le iba respondiendo cada vez más rápido, hasta que, con el ritmo ya normal, ambos latieron juntos:

—Tic-tac... tic-tac...

Todavía el relojito enamorado acompañó al corazón un buen rato con sus latidos, impulsándolo, hasta que éste pudo seguir solo.

Abrió sus ojos la princesita, buscando con la mirada a su alrededor. Vio a su relojito y le sonrió. Lleno de felicidad, pero agotado por su intento, dando un suspiro, el reloj, adornado de esmeraldas y topacios, de escamas de pez dorado y de plumas de codorniz real, se detuvo.

La princesa cerró sus ojos y se quedó profundamente dormida.

Llegaron a verla su papá el Rey y su

mamá la Reina. El doctor de bonete colorado y sus nodrizas con los delantales blancos mojados por el llanto, y las damas y los caballeros de la corte que venían sin ganas de curiosear, porque creían a la princesa moribunda.

Cual no sería la sorpresa y la alegría de todos al encontrar que la princesita descansaba tranquilamente, después de haberse tomado un enorme vaso de leche y de haberse devorado un gran pedazo de pastel que habían dejado por si acaso junto a ella.

La princesa se estaba mejorando. Todos bailaron y rieron llenos de regocijo.

Viendo el relojito detenido, le dijo la Reina al Rey:

—Mira, el reloj está parado. ¡Se echó a perder!

—¡Qué importa el reloj ahora! —le contestó el Rey a la Reina—. Lo echare-

mos a la basura y le regalaré otro más hermoso.

— ¡Oh no, padre! — exclamó la princesita —. Habéis de saber que este relojito me ha salvado la vida. — Y su papá el Rey, y su mamá la Reina, y a sus nodrizas que se habían sacado rápidamente los delantales mojados y estaban de nuevo muy de-punta-en-blanco, y al doctor de bonete colorado, y también a las damas y a los caballeros de la corte, felices de poder curiosear de nuevo y saber lo que había pasado, les contó la hazaña del reloj y terminó pidiéndole al Rey:

— Desearía que lo mandárais a arreglar.

— Que traigan el mejor relojero del reino — ordenó el Rey. Y trajeron al mejor relojero del reino en menos de lo que canta un gallo.

El Rey informó al relojero lo que el re-

lojito había hecho y le ordenó que lo arreglara.

—Tú sabes lo que debes hacer — le dijo .

Se fue el relojero a su taller, y allí colocó ruedas y tornillos. Enderezó dientes y manecillas. Arregló ejes y cuerdas y aceitó cuidadosamente todas las piezas.

Pero consideró que todo ello no era suficiente.

—Has sido tan valiente y tan bueno —le dijo el relojero, que hablaba y entendía a sus relojes—, que merecerías tener un corazón propio, aunque fuera de acero.

Cuando hubo terminado de arreglar el reloj, volvió al palacio y se lo entregó a la princesa.

—Aquí tenéis vuestro reloj, princesita —le dijo—. Está caminando de nuevo.

—Qué alegría me da, señor relojero, el

que lo hayáis podido arreglar ...contestó la princesa, que era muy bien educada.

— Pero eso no es todo, hermosa princesa —. Acercad el reloj a vuestro oído.

Así lo hizo la princesa, y escuchó que algo latía en el relojito.

— Tiene un corazón que late igual que el mío — exclamó maravillada —: hace tic-tac... tic-tac.

Todos quisieron oír el latir del corazón del relojito: el papá el Rey, la mamá la Reina y las nodrizas siempre tan de-punta-en-blanco, y el doctor de bonete colorado, y las damas y los caballeros de la corte felices de poder curiosear. Y también quiso oírlo el Príncipe Azul, que había vuelto después de matar los dragones.

El relojero fue largamente recompensado por su excelente trabajo.

El Príncipe Azul se casó con su Princesa.

Las nodrizas siguen muy de-punta-en-blanco, y las damas y los caballeros de la corte aún andan por ahí curiosoando... Nadie sabe qué fue del doctor de bonete colorado, pero...

Desde entonces, y para recordar la hazaña del relojito en todos los relojes hay un corazón que late igual que el tuyo y que el mío haciendo tic-tac... tic-tac... tic-tac...



EL CONGRESO DE LOS SABIOS  
TONTOS



Allá en lo más profundo e impenetrable de la selva. Allá donde ningún valiente explorador ha podido jamás llegar. Allá donde los animales tienen su reino:

Allá se celebró un congreso.

Habían sido llamados los sabios más afamados de toda la comarca.

Estaban el Mono, el Elefante cargado de años, la Lechuza de ojos grandes y la Jirafa muy sabia porque ve desde arriba todo lo que sucede.

El representante más sabio de cada especie animal había llegado hasta ese congreso.

(Me preguntarás: ¿Por qué se habían reunido tantos sabios animales? Lo habían hecho para discutir la manera de mejorar la vida de los animales que allí vivían.)

Cuando todos los sabios estuvieron reunidos, tomó la palabra el Mono sabio y su discurso fue el siguiente:

—Estimados colegas que habéis llegado desde todo el reino hasta este congreso, el más importante porque yo estoy en él representando a la conocida, respetada y admirada clase de Monos.

“Antes de hacer mi proposición, deseo señalar lo que sigue: Los árboles y las plantas son necesarios para la vida de los animales.

“¿Qué haríamos sin árboles? ¿Dónde vivirían los animales más inteligentes del

reino que somos nosotros? ¿Por dónde podríamos viajar si no fuera por las ramas, y qué podríamos comer si no tuvieran frutos los árboles? Resumo diciendo que el árbol es uno de los mayores tesoros de la naturaleza.

“Es por ello que solicito a este congreso que se planten muchos árboles para que nosotros los Monos podamos vivir mejor. Pero es importante indicar que no vale la pena que los árboles tengan hojas, pues basta que tengan ramas para saltar de una a otra y frutos para comer”.

Terminó de hablar el Mono y todos prorrumpieron en grandes aplausos.

Cuando se hubo calmado algo el ruido, la Jirafa sabia pidió la palabra y con voz suave y profunda dijo:

— Admirados colegas: Primero quiero felicitar al Mono sabio por su claro y brillante discurso. Debo agregar además que

estoy de acuerdo con que se planten muchos árboles en nuestro reino, para el bien de todos sus animales.

“Sin embargo, aunque estimo muy justo que los árboles tengan ramas y frutos, creo que es muchísimo más importante que tengan hojas. Hojas que nosotras las Jirafas usamos como alimento. Por eso digo yo: Plantemos árboles con muchas hojas”.

— Más importante son las ramas y los frutos — le interrumpió el Mono.

— Basta que tengan hojas — aseguró la Jirafa.

El Pájaro carpintero sabio, golpeando en su escritorio, toc-toc, los interrumpió:

— Animales — comenzó —: a nombre de los Pájaros carpinteros, saludo a este congreso que se ha reunido para elevar las condiciones de vida de nuestro reino animal. Debo señalar que la discusión que ha surgido no tiene razón de ser. Creo que es



posible y, aún más, aconsejable, plantar como se ha propuesto muchos árboles que tengan ramas, frutos y hojas para que así todos queden contentos.

Grandes aplausos indicaron lo acertado del discurso.

Dando unos golpecitos, toc-toc, el Pájaro carpintero siguió diciendo:

— Lo importante, en cualquier caso, es que los árboles tengan unos troncos grandes, donde los Pájaros carpinteros podamos golpear, toc-toc — y se calló.

Algunos asistentes aplaudieron.

Entonces una Cabra sabia, saltando al centro de la reunión dijo:

— ¡Un momento! Muy de acuerdo en que no haya diferencias. Todos queremos una vida mejor. Deseo hacer una pequeña observación. De acuerdo en que haya ramas. De acuerdo en que haya frutos y hojas. Pero el tronco debe ser lo más corto

posible para que nosotras las Cabras podamos alcanzar las hojas.

“Ustedes —y señaló a la Jirafa— pueden agachar la cabeza para comer. Nosotras no podemos alcanzar las hojas altas. Ustedes —y señaló al Pájaro carpintero— pueden pararse en el suelo a golpear el tronco. Y ustedes —y señaló ahora al Mono— pueden saltar por las ramas sin temor a golpearse muy fuerte si se caen al suelo”.

—No estoy de acuerdo —dijo la Jirafa sabia—; nos dolería mucho el cuello de tanto agacharnos.

—Yo tampoco estoy de acuerdo —dijo el Pájaro carpintero sabio— pues nuestras patitas no pueden estar en el suelo: necesitamos afirmarnos en el tronco.

—Y yo estoy en total desacuerdo —afirmó enojado el Mono sabio—. En primer lugar, no nos andamos cayendo de las

ramas; y en segundo lugar, no tiene ninguna gracia saltar tan cerca del suelo.

Empezaron a discutir entre los cuatro, hasta que un relincho los hizo callar. Era la Cebra sabia que levantándose, dijo:

—Colegas, colegas, me extraña mucho vuestra actitud. Estáis peleando por algo sin importancia. Quiero proponer que se ordene nuestra discusión: que primero se hagan todas las proposiciones, y luego se discutan.

—Muy bien, muy bien —dijeron muchos animales sabios—. Así es como debe hacerse.

—Aprovecho entonces —continuó la Cebra— para hacer mi proposición que tiende a mejorar la vida de nuestro pueblo. Y la hago a nombre de los que vivimos en las praderas: mi proposición es que se corten muchos árboles para que la pradera sea más amplia y podamos correr libremente.

—¡Bravo, bravo! —gritaron entusiasmados todos los animales sabios de las praderas y estuvieron gritando un buen rato.

Los otros animales no aplaudieron.

—Quiero agregar a mi proposición —añadió la Cebra— que se plante mucho pasto tierno, en estas praderas nuevas, para que nosotras las Cebras que vivimos en ellas podamos comer.

Ahora nadie aplaudió.

El León sabio, aprovechando el silencio, rugió así:

—Colegas sabios, pensando en el bienestar de nuestro reino, es que estoy de acuerdo con la segunda proposición hecha en este congreso por mi distinguido colega, la Cebra sabia —y miró a la Cebra, la que retrocedió levemente—, sobre todo en vista de que nuestros colegas del bosque no han sido capaces de ponerse de acuerdo para solicitar algo definido.

Se oyeron algunos silbidos de desaprobación.

— ¡Estamos de acuerdo en lo fundamental! — gritó la Jirafa sabia.

— Claro que sí — reafirmaron varios animales.

Entonces rugió más fuerte el León sabio:

— Yo acepto la segunda proposición — y bajando la voz agregó — : pero con una leve modificación: el pasto que se plante debe ser largo y seco para que los leones podamos ocultarnos al ir de caza.

— Corto y tierno — gritó la Cebra, pensando que se iba a quedar sin pasto para comer.

— Largo y seco — rugió el León.

— ¡Corto y tierno! — relinchó la Cebra y avanzó.

— ¡Largo y seco! — rugió avanzando el León.

—Nada de pastos; queremos árboles altos —gritó indignada la Jirafa—. Ustedes se las pueden arreglar de cualquier otra manera.

—Eso es —la apoyó el Mono sabio—: árboles con muchas ramas y frutos.

—¡No, no! —insistió la Jirafa—. Nada de eso tampoco: sólo con hojas.

—Con un tronco grande —gritó el Pájaro carpintero.

—¡No y no! —rugió el León sabio—. Haremos praderas con pasto alto y seco.

—Tierno —relinchó la Cebra.

Todos empezaron a gritar al mismo tiempo.

El Tigre, sabio y astuto, esperó que gritaran un rato y luego comenzó a hablar en voz baja. Todos se fueron callando para poder escucharlo. Entonces el Tigre habló así:

—Queridísimos colegas sabios. ¿Qué

pasa que no podemos ponernos de acuerdo? ¿Si todos queremos lograr una vida mejor por qué no armonizar las diferentes opiniones?

—Eso es lo que debe hacerse ...respondieron varios animales sabios.

—Yo tengo la forma perfecta de hacerlo —continuó el Tigre con voz dulce—: Se trata de plantar algo que es largo y seco, pero que tiene unas hojas tiernas cerca del suelo, y también en lo alto. Sirve para balancearse y tiene un tronco con un agradable sabor dulce.

—¿Y qué es eso? —preguntaron varios asistentes.

—Muy sencillo —aclaró el Tigre sabio—: es el bambú que crece en los cañaverales, donde nosotros los Tigres vivimos ítan cómodamente! ¿Por qué entonces no pueden hacerlo ustedes?



— No sirve; es muy tieso y no deja correr — gritaron el León y la Cebra.

— Las hojas son ásperas.

— El tronco es delgado.

— No tiene ramas.

Y nuevamente se pusieron todos a gritar, y ahora también gritaba el Tigre.

El presidente del congreso tuvo que suspender la sesión porque el León sabio se quería comer a la Cabra sabia. El Mono sabio le tiraba la cola al Tigre sabio. El Pájaro carpintero sabio hacía toc-toc en el cuello de la Jirafa sabia. Y la Cebra sabia pateaba en el suelo.

Todos decidieron ir a comer algo. Después del almuerzo se reanudó la sesión.

Se levantó el Camello sabio y su discurso fue el siguiente:

— Colegas — su voz era baja y profunda —, esta mañana se han hecho dos proposiciones, y yo quiero ahora, para lograr

el acuerdo unánime de este congreso, fundirlas en una sola que incluya todos los puntos de vista, para lograr así el verdadero progreso de nuestro reino.

“¿Por qué no preparamos una gran extensión de tierra, la que podríamos llenar con arena, y colocamos cada cierto trecho unos grandes oasis de pasto, otros de cañaverales, otros de árboles o arbustos?”

Se calló. Todos los animales se quedaron pensando, no muy convencidos.

—Tendríamos que vivir con los Pájaros carpinteros, que hacen tanto ruido —pensó la Jirafa.

—Tendríamos que vivir con las Cebra, que se comerían toda nuestra comida —pensó la Cabra.

—Tendríamos que vivir con los Leones, que son más grandes que nosotros —pensó el Tigre.

Iban a empezar a protestar, pero antes

que pudieran decir nada, un gordo Hipopótamo sabio, más tonto que todos los otros sabios, resoplando dijo:

– Bueno... bueno... eso de las islas con diferentes plantas... me parece muy bien... todos quedarían muy felices...

– Yo no he hablado de islas, colega –le corrigió el Camello sabio– : he dicho oasis... ¡Oasis!

El Hipopótamo sabio, que además era un poco sordo, continuó como si no hubiera oído al Camello sabio:

– Sí... sí... eso de las islas me parece muy bien... porque en vez de perder tanto espacio con arenas... es preferible un hermoso y gran lago donde los Hipopótamos podamos echarnos... y le ponemos islas para los demás...

– He propuesto un desierto – le gritó el Camello sabio indignado.

– ¡Tonterías...! – contestó el Hi-

popótamo resoplando.... Lo que hace falta es un lago...

— Un desierto.

— Un lago.

— Desierto.

— ¡Lago!

Y hubieran seguido discutiendo largo rato, si Sapito sabio, muy asustado, no los hubiera interrumpido:

— Es posible que podamos llegar a un término medio, para que todos mejoremos nuestras vidas: Hagamos un desierto cubierto por una delgada capa de agua. Como si fuera, por ejemplo, algo así como un pantano. ¡Son tan agradables los pantanos donde nosotros vivimos, después de todo!

— Basta de absurdos — rugió el León —, inecesitamos praderas!

— Lo que necesitamos son bosques — le corrigió el Mono sabio.

— Desiertos — gritó el Camello.

- Lagos — resopló el Hipopótamo.
- Pantanos — dijo el Sapito sabio, pero lo dijo tan calladito que nadie lo oyó.
- Praderas — gritó otro...
- Pastos tiernos.
- Desiertos.
- Bosques.

Montañas, océanos, praderas, desiertos, selvas, hielos. En fin, la batalla fue en ese momento indescriptible. Cada uno gritaba a voz en cuello su proposición, y se mezclaban los gritos, los rugidos, relinchos, berridos y aullidos en un alboroto tal, que nadie entendía nada.

Alejándose, el sabio Elefante, sabio y anciano, moviendo su trompa comentó:

— ¡Qué sabios más tontos éstos! Quieren arreglar su reino, pero cada uno piensa sólo en su propio beneficio.

— Así es — le contestó la sabia y anciana Tortuga, que también se alejaba —; to-

dos hablan de bien común, pero a nadie le interesa. Dudo mucho que puedan ponerse de acuerdo — y se fue caminando lentamente.

El sabio Elefante también se alejó, dejando a los tontos sabios que siguieran discutiendo.

(Si pasas alguna vez por la selva, oirás como cada uno sigue aún proponiendo soluciones).

Y como afortunadamente no se han puesto de acuerdo, sigue habiendo desiertos, lagos, pantanos, bosques, montañas, praderas, y todo lo demás, repartido aún por el mundo.



## PIE DE FLOR



Esta es la historia de Alhelí.

Ella vivía en una casa sobre la cumbre de una colina a orillas del mar, con sus padres, en medio del más hermoso jardín que hayas conocido.

Lleno, lleno de flores de todos los tamaños y de todos los colores. ¿Y sabes algo? Todo el jardín era obra de Alhelí.

¡Oh, cuánto trabajo! — pensarás.

¡Pues no tanto, ni tan poco!

El caso es que Alhelí poseía un don

maravilloso; se lo había regalado su hada madrina el día en que aprendió a caminar.

En el momento en que soltándose de los brazos de su mamá, y sin que nadie la sujetara, ella daba cuatro pasitos hasta los brazos de su papá, llegó el hada en su pompa de jabón y le dijo muy seria (las hadas siempre se ponen muy serias cuando van a hacer un regalo):

— Querida Alhelí, ahora que sabes caminar y como te has portado muy bien, te haré un regalo. En adelante, donde tus pies toquen la tierra, crecerán flores de las más variadas especies.

— Muchas gracias — dijeron a la vez la mamá y el papá. Y Alhelí, que balbuceaba algunas palabras, dijo también.

— ¡Bu! ¡Ba!

Y fue como el hada había dicho: Cuando Alhelí caminaba descalza, como a ella le gustaba, al tocar sus pies las más diver-

sas flores iban brotando. Cuando corría alegre y juguetona, aparecían rosas, tulipanes y amapolas. Cuando caminaba triste y apenada, crecían a su paso juncos, azucenas y violetas. Cuando iba muy enojada, la tierra se cubría de cardos y de ortigas (que luego su mamá tenía que arrancar). Y si había hecho alguna travesura, brotaban entonces correhuelas y quintrales.

Siempre el jardín permanecía lleno de jazmines y crisantemos, de hortensias y suspiros. (Por eso te había dicho que no era tanto el trabajo, pero que tampoco era tan aliviado, ya que Alhelí, o como todos la llamaban, Piedeflor, debía recorrer su jardín todos los días, cuidando los prados y las flores).

Creció Piedeflor rodeada del cariño de toda la gente, en su colina florida, llena de conejos, tórtolas y mariposas.

Hasta que un día...

Un cálido día de primavera, tras cruzar valles y montes, llegó hasta aquel hermoso paraje un joven trovador.

(Los trovadores son poetas que cantan cuentos de aventuras y de amores a todo aquel que quiere escucharlos).

De lejos nuestro trovador vio a Piedeflor corriendo descalza por la arena y mucho le maravilló que a su paso fueran brotando margaritas, copihues y madreselvas... Y se enamoró perdidamente de ella.

Al caer la noche, el trovador se sentó junto al mar y comenzó a cantar sus más hermosas canciones.

A esa misma hora, Piedeflor se asomó a contemplar la puesta de sol y a peinar sus trenzas. Mientras lo hacía pudo escuchar aquellas dulces melodías, vio al trovador sentado entre las rocas y se enamoró perdidamente de él.



Fue a la mañana siguiente, cuando se encontraron.

Tomados de la mano salieron del jardín a la playa, caminaron entre las piedras del agua y los prados de la colina... en fin, pasearon y cantaron, y así durante muchos días.

Todos estaban muy felices: los conejos y los saltamontes, las mariposas, las gaviotas y los grillos. Y por supuesto, el joven trovador y la dulce Alhelí.

Pero un día... el trovador le dijo que tendría que ausentarse por un tiempo.

—Oh —dijo ella—, ¿pero volverás pronto?

—Lo más luego que pueda —contestó el trovador, y entre lágrimas y caricias partió hacia lejanos lugares.

Muy triste quedó Piedeflor, y mientras volvía a su casa caminando muy lento,

crecían a su paso nomeolvides y lirios blancos.

Se hicieron largas las tardes, como largos era los caminos y como el tiempo en que se espera.

No muy cerca de allí, pero tampoco muy lejos, había un bosque negro en el que vivía un hechicero. Vestía un manto negro salpicado de estrellas y usaba un negro gorro y una espesa barba, también negra.

Su castillo negro estaba en medio del bosque, y en su centro, una gran sala redonda en la que hacía sus hechizos negros.

Pero, ¿era tan malo este mago negro?

No lo creo, ya que su negro castillo no era sino una casita entre los árboles, y tenía un hermoso cachorrito, negro y juguetón, muchos pollitos negros y, aunque a su manera, también estaba enamorado de Piedeflor.

Fue por eso que se alegró mucho cuan-

do el trovador partió hacia otras tierras, dejándola sola. Y fue en ese momento cuando el hechicero decidió no esperar más y raptarla.

Se encerró en su negra sala y echó cosas extrañas en su negro caldero, del cual comenzó a salir un humo negro, mientras bailaba con su capa y su sombrero negro, pronunciando palabras negras.

Entonces... mientras Piedeflor, sin saber lo que iba a suceder, peinaba sus largas trenzas asomada a la ventana, recordando a su amado trovador, el humo negro se arrastró por entre los árboles, llegó hasta la playa, trepó la colina, se acercó a la ventana y...

La negra nube rodeó a la niña y, antes que ella se diera cuenta de lo que pasaba, se alejó rápidamente llevándola raptada en su interior.

“¡Ha desaparecido Piedeflor!” gimieron las pasionarias y rododendros.

“¡Ha desaparecido Piedeflor!” lloraron los niños y las olas del mar.

Su papá y su mamá comenzaron inmediatamente la búsqueda y esa noche y al otro día, los apenados animalitos recorrieron el lugar buscándola por todos los rincones. No quedó roca sin remover ni escondite por revisar. Pero todo fue en vano.

Piedeflor no apareció.

Pasaron los días y pasaron los días, y las flores del jardín se fueron marchitando. Quedó sólo la maleza bajo el cielo con nubes negras.

Los pajaritos estaban tristes y los niños no jugaban. Todos estaban tristes porque Piedeflor había desaparecido tan misteriosamente.

Ninguno de ellos sabía que había sido

el hechicero negro, que no era tan malo, quien la había raptado y la tenía prisionera en el lejano Reino de los Cuentos.

Entonces volvió el trovador.

Lo primero que vio fue el jardín marchito, luego a los niños silenciosos, y así se enteró de la tragedia. Se entristeció mucho, mucho, y fue a sentarse a la orilla del mar a llorar su pena.

De a poquito se acercaron a él los niños tristes y los conejitos asustados, se acercaron los grillos y los saltamontes, los picaflores y los zorzales, y todos permanecieron callados mirando el horizonte.

—Trovador — pidieron —, ¿por qué no nos cuentas un cuento?

—Estoy demasiado triste para contar cuentos — respondió el trovador.

—Aunque sea un cuento cortito — insistió el saltamontes.

—Sí, sí — pidieron todos —. Por favor,

cuéntanos un cuento aunque sea corto y aunque sea triste.

—Había una vez —contó el trovador— una hermosa niña que vivía sobre una colina a la orilla del mar. Era muy buena, quería mucho a las flores y a los niños y a todos los animales, y todos la querían a ella. Un día llegó un trovador y viendo a la...

Los niños se secaban sus lágrimas, y los animalitos suspiraban un poco aliviados y los rayos del sol atravesaban las grandes nubes que cubrían el cielo, y la tarde comenzó a llenarse de colores. Una nube negra fue bajando y pintándose con los colores del atardecer, mientras el joven trovador contaba su triste historia.

Y en medio de esa nube venía Piedeflor, porque, sin saberlo, el trovador había roto con su cuento el hechizo del mago negro, y había logrado rescatar a su amada

del Reino de los Cuentos, donde el hechicero la tenía prisionera.

La nube fue acercándose a la playa, acercándose más y más... Y mientras miraba a la extraña nube, el trovador siguió contando:

— Y entonces apareció una nube negra en el cielo, y se fue acercando y acercando, y todos los niños comenzaron a reír, y los animalitos bailaron contentos, y los rayos del sol iluminaron la tarde. Y la nube se posó sobre la arena y desde su interior salió sonriendo la niña y se acercó al trovador, y ambos, tomados de la mano, se fueron caminando felices por la orilla del mar, y a su paso crecieron lilas y jacintos y claveles y geranios.

¿POR QUÉ NO HAY ROSAS  
NEGRAS?



Había una vez, en una aldea muy cercana, un maestro albañil, que era como cualquier maestro albañil que tú conozcas.

Iba y venía, muy ocupado haciendo casas para todos sus vecinos, pues era el único en el pueblo que sabía hacerlas.

Hacía una casa por acá, hacía otra casa por allá y trataba siempre que todos quedaran contentos.

—Maese Pablo —le decían—, quiero una casa con ventanitas de colores.

—Maese Pablo —le decían—, quiero una casa con techo de torta de nueces.

Y había personas muy difíciles de complacer:

—Maese Pablo —le decían—, quiero una casa muy grande para que mis niños jueguen y corran en ella, pero muy chiquita, para no cansarme con el aseo.

O si no, le decían:

—La quiero muy alta para poder estirarme a gusto, pero bajita para que sea acogedora.

Y Maese Pablo corría por todos lados, haciendo grandes casas pequeñas y levantando paredes y colocando vigas, tejas y ventanas.

¿Y sabes algo? En el patio de cada casa plantaba una vasta rosaleda para que el jardín se llenara de rosas. Por supuesto que todas las rosas eran blancas, porque en

aquel tiempo los rosales sólo florecían con rosas blancas.

No había rosas de ningún otro color: ni amarillas, ni rosadas, ni color té, ni carmín; en fin, sólo había rosas blancas.

Y así, el pueblo se llenaba con las casas que Maese Pablo construía y con los rosales que plantaba. Y él corría y corría de uno para otro lado... ¡hasta que se cansó!

Se cansó de correr y de construir tantas casas y se sentó a pensar qué haría en adelante...

Muy lejos de allí, en el reino de las hadas (que está muy lejos de todas partes, pero al mismo tiempo muy cerca de todas partes) tres hadas muy hermosas se detenían en sus juegos, también para meditar.

Alba, Mediodía y Crepúsculo, que así se llamaban las tres haditas, se habían en-

terado del problema de Maese Pablo y estaban muy apenadas.

—¿Qué podemos hacer para ayudarlo? —preguntó Alba, cuyo pelo era negro como la noche, interrumpiendo su carrera con un picaflores.

—¡No lo sé! —contestó Crepúsculo, pelirrojo como el atardecer, mientras dejaba de extraer el néctar de una madre selva—. Pero algo debemos hacer, ¿no les parece?

—Yo sé qué hacer —dijo muy decidida Mediodía, rubia como el sol de mediodía—: Iré a ayudarlo.

Y terminando de empujar a una mariposa que escapaba de su capullo, voló invisible, montada en la imaginación de algún niño como tú, hasta donde estaba Pablo, y se convirtió en un maravilloso rosal de rosas tan amarillas como amarillo era su pelo.

Maese Pablo, que reflexionaba sin encontrar respuesta a su problema, vio ese nuevo rosal florido e inmediatamente se dio cuenta que no era un rosal común sino un rosal encantado.

Se acercó a él y acarició sus pétalos.

Entonces, el hada-rosal le habló:

—Buenos días, Maese Pablo — le dijo.

Sin asombrarse demasiado, Maese Pablo contestó muy cortés:

—Buenos días, hermoso rosal.

—Has de saber — continuó entonces el rosal — que soy el hada Mediodía y he venido a ayudarte.

—¡Qué buena eres! — se alegró Maese Pablo—. Pero, ¿cómo podrás ayudarme?

—Muy sencillo — replicó el hada-rosal —: sólo tienes que tomar una de mis rosas y dejarla caer allí donde quieres ver construida una casa.

— Pero tú te quedarás sin rosas — protestó el albañil.

— No te preocupes — le dijo el hada —. Por cada rosa que tú cortes, volverá a florecer otra igual.

Se puso muy contento Maese Pablo, y deseando probar tan generosa ayuda tomó una rosa y la dejó caer.

Entonces surgió una casa con muros y techos dorados, con ventanas de topacio y puertas de oro puro. Resplandecía tanto que iluminó todo el lugar llenándolo de alegría.

Pero Maese Pablo tuvo que cerrar sus ojos, incapaz de contemplar aquello, incapaz de contemplar esa felicidad tan perfecta que ningún hombre podría sentir, incapaz de mirar esa alegría tan pura que sólo las hadas sienten cuando están alegres.

Maese Pablo comprendió que aquella



no era una casa para hombres sino para hadas.

Comprendió que no sería la solución de sus problemas y fue muy grande su turbación, pues no hallaba cómo explicárselo al hada.

Sin embargo, ésta entendió a Maese Pablo y se adelantó a él, diciéndole:

—Me doy cuenta de tu problema, Maese Pablo, y de veras lamento no poder ayudarte, pero no sé qué otra cosa podría hacer. Además —agregó—, debo volver: tú sabes que las hadas sólo podemos salir por unas pocas horas de nuestro mundo. ¡Adiós, Pablo..., adiós...!

Y antes que el albañil pudiera decir nada, la casa de la felicidad perfecta desapareció. Sólo quedó el rosal con grandes y perfumadas rosas amarillas, silencioso como cualquier otro rosal en la tierra.

Y ahora ya sabes porqué, además de rosas blancas, hay rosas amarillas.

Volvió Mediodía junto a sus hermanas, mientras Maese Pablo continuaba meditando.

—No he podido ayudarlo —reconoció Mediodía a las otras hadas—, ¿qué haremos?

...Yo intentaré hacer algo ...dijo Crepúsculo.... Es posible que tenga más suerte.

Voló entonces cabalgando en la risa de algún niño como tú, hasta llegar junto a Pablo, y allí se convirtió en un hermoso rosal, lleno de rosas rojas como el atardecer.

De nuevo Maese Pablo se dio cuenta que aquel rosal estaba encantado y se acercó a saludarlo.

—Buenas tardes, hermoso rosal —le dijo.

—Buenas tardes, Maese Pablo —le



contestó éste —, yo soy el hada Crepúsculo, hermana de Mediodía, y he venido a ayudarte.

—No sabes lo mucho que les agradezco su preocupación —contestó el albañil—, pero creo que no tengo remedio.

—Para todo hay remedio —sonrió el hada.

—¿Y cómo podrás ayudarme?

—Corta una de mis rosas y déjala caer donde quieras construir una casa —explicó Crepúsculo—. Y no temas, pues otra florecerá en vez de la que has cortado.

Así lo hizo Maese Pablo, y cortando una rosa roja la dejó caer.

Entonces apareció una casa pintada con los colores de la puesta de sol y labrada en granates y rubíes. Pero llena de despedidas, suspiros y tristezas tan profundas que ningún hombre podría resistir; tan

hondas, que sólo las hadas son capaces de soportar cuando están muy apenadas.

Tampoco pudo contemplar aquella maravilla Maese Pablo, y comprendiendo que el hada Crepúsculo no resolvería su problema, suspiró.

Ella entendió el suspiro y voló adonde sus hermanas.

La casa de la tristeza profunda se desvaneció en la tarde y sólo quedó el hermoso rosal de rosas rojas.

Y ahora ya sabes porqué también hay rosas rojas.

Crepúsculo explicó a sus hermanas lo que había sucedido y cómo no había podido ayudar a Maese Pablo.

Entonces Alba decidió intentarlo. Deslizándose a través de una ronda infantil que cantaban unos niños como tú, llegó hasta el lugar en que Maese Pablo cavilaba.

Y ahí floreció el más bello rosal que puedas imaginarte, con rosas negras, negras como el pelo de Alba.

Maese Pablo miró el rosal y ya no pudo separar sus ojos de aquellas suaves rosas.

Y el hadita Alba, desde los pétalos negros miró los ojos de Maese Pablo y encontró en ellos dulzura, bondad, dolor y alegría.

Quizá fue por esa mirada, o quizá por otra razón que nunca llegaremos a conocer, que Alba, el hada, se enamoró de Maese Pablo, el albañil.

(Y tú sabes que cuando un hada se enamora recobra su propia figura, cualquiera que sea la forma que hubiere adoptado). Por eso, el rosal de suaves rosas negras desapareció y fue Alba quién quedó junto a Maese Pablo, como queda un hada frente a un hombre.

¿Quieres saber cómo era el hada? ¿Si era como un rayo de luna, o como el iris de tus ojos, o como el perfume de una mariposa? Nunca podremos saber cómo son realmente, pero allí estaba Alba, el hada, con la carita morena y tres sonrisas escondidas en sus mejillas.

¿Y Maese Pablo? Maese Pablo se olvidó de su problema, de las casas, de los vecinos, se olvidó de casi todo. Sólo pudo mirar los ojos negros de Alba... Estaba enamorado.

Y ambos fueron muy felices.

Pero las hadas pueden estar sólo unas pocas horas fuera de su reino, y éstas pasaron rápidamente. Los ojos tiernos de Alba se llenaron de lágrimas y los ojos de Maese Pablo se entrecerraron.

—Debo irme —dijo Alba.

—No te vayas —pidió Maese Pablo.

—Debo irme —insistió Alba.

Y no hubo más palabras.

La mirada se fue haciendo cada vez más pequeña y las manos se alejaron hasta que Alba desapareció.

Maese Pablo, el albañil, quedó solo. Pero esta vez no quedó ningún rosal como recuerdo. Ningún rosal que floreciera con rosas negras: no hubo rosas negras.

Es por ello que aunque busques y busques por todos los jardines o en medio de los bosques, o en lejanas aldeas, en ninguna parte encontrarás una rosa negra.

Y ahora ya sabes por qué no hay rosas negras.



## LA BAILARINA

Hace muchos, muchos años, vivía en un hermoso palacio, una niña llamada Cristal.

Pero Cristal no era feliz.

Todas las tardes se asomaba a la ventana para mirar al jardín y allí, en una laguna soleada, veía a un pájaro llegar o partir volando graciosamente.

Un día Cristal se acercó a la laguna; el pájaro, una pequeña Garza Blanca, no huyó; se quedó quieta observándola.

—Hola Garza —saludó la niña.

—Prriit —respondió el ave.

—¡Ah! quieres que seamos amigas —celebró la niña—. Muy bien, yo me llamo Cristal. Cuando grande voy a ser bailarina, ¿y tú?

—Cuando grande yo quiero ser una gran Garza Blanca y volar por el cielo azul —respondió la pequeña Garza.

—Entonces déjame hacerte cariño —pidió la niña alargando sus brazos.

El ave dio un paso, pero Cristal al ver el gran pico amarillo, atemorizada, retiró las manos. El gesto asustó también a la Garza que voló, veloz, a refugiarse al otro lado de la laguna. A pesar de esto comenzó una gran amistad, desde lejos por supuesto, entre la pequeña Cristal y la pequeña Garza.

Ambas se miraban con cariño y admiración.

— ¡Quién pudiera volar libre como tú!  
— le decía la joven.

— ¡Quién pudiera ser grande como tú!  
— deseaba la Garza.

— Yo quisiera dejar salir toda la belleza que tengo encerrada con la misma facilidad con que tú vuelas — decía Cristal.

— Y yo quisiera tener la fuerza que tú tienes — respondía el ave.

Entonces se quedaban mirando con un poquito de pena, como si quisieran unirse en un solo ser; pero sólo de lejos porque ambas se tenían miedo.

Una tarde, una de esas tardes grises, Cristal le dijo a su amiga:

— Estoy triste, no soy feliz, me gustaría dar belleza, amor, ¡eso me haría feliz! Pero ¿cómo? Soy grande y fuerte pero no sé cómo emplear mi fuerza. Si fuera bailarina, ¿sería feliz? ¡Oh, no sé! ¿Dónde está la

felicidad, amiga Garza?.. Tengo miedo de no encontrarla nunca.

—La felicidad —respondió la Garza pensativa—. Tú crees que soy libre y sin embargo —agregó— no puedo alejarme de esta laguna. No tengo la fuerza necesaria para hacerlo, aquí me siento segura. ¿Qué sería de mí si me alejo? Tengo miedo incluso de ti, que eres mi amiga. Yo tampoco, Cristal, sé dónde encontrar la felicidad.

Entonces se oyó la voz del anciano de larga barba:

—Niña, ¿podrías indicarme dónde está la plaza de esta ciudad? —Cristal lo miró y, al verlo, supo de inmediato que él podría darle la respuesta que necesitaba.

—Hacia allá —señaló—. Pero anciano, por favor, antes de que te vayas quiero hacerte una pregunta: dime, ¿dónde puedo encontrar mi felicidad?

— Ah —sonrió el anciano—. Para encontrar tu felicidad debes hallar el pájaro azul.

—¿Un pájaro?... ¿azul? —murmuró incrédula la joven.

—Sí, un pájaro como el que está en esa laguna — insistió el anciano.

—¡Si esa es mi amiga Garza! — exclamó Cristal—. ¿Acaso?...

Pero el viejo de la larga barba blanca ya no estaba.

La Garza había escuchado la conversación: —¡Qué viejo tan ciego! —se dijo—. Si yo no soy azul, soy... —y se miró en el agua: pero, ¡oh!, el reflejo del cielo le mostró su imagen pintada de azul y entonces dudó—: ¿De que color soy?, ¿no seré quizás?... No, no puede ser, yo...

Después de meditarlo por un tiempo Cristal se decidió a partir en busca del Pájaro Azul.

La despedida fue triste.

—Te extrañaré — le dijo a la Garza—. Quizás logre encontrar la felicidad, expresar lo que siento con mi danza, no tener miedo de volar.

El ave se echó a llorar; luego, elevándose en un vuelo suave, respondió:

—¡Adiós, Cristal!, siento que al irte se va algo mío. Te esperaré.

Y Cristal partió en busca del Pájaro Azul y, buscándolo, recorrió ciudades y aldeas y en todas partes preguntó por él, pero en todas partes le dijeron que allí no estaba, que buscara en otro sitio.

Y en cada lugar estudió baile con los mejores maestros.

Quería dominar la técnica de la danza, y lo estaba logrando; pero su baile era de una belleza precisa, metódica. No comunicaba nada. Faltaba algo así como una ilu-

sión, como el impulso que tiene el vuelo de un... de una... ¿garza?...

Porque viajando Cristal tuvo que aprender a valerse por sí misma y no era fácil.

Había que sacrificar muchas cosas para vivir fuera del palacio y las ilusiones parecen ser lo más fácil de sacrificar: pueden esconderse, pueden olvidarse.

Así pues, Cristal, poco a poco, dejó de buscar su Pájaro Azul.

¿Y la Garza? La Garza siguió viviendo en la laguna sin atreverse a volar lejos. Al irse Cristal, sus vuelos se hicieron incluso más breves, más cercanos.

Un día sin embargo, ya no soportó más el dolor de la separación y decidió partir también.

Eligió dejar su refugio y su seguridad para encontrar a Cristal.

Entonces voló en aldeas y en ciudades;

voló venciendo su temor por sobre cerros y entre duros edificios.

Cuando encontraba una laguna bajaba a descansar y a comer.

Por fin, después de mucho volar llegó a una ciudad grande, gris, fría.

Divisó entre unos árboles una laguna, se posó agotada en un camino cercano y no se dio cuenta hasta que fue muy tarde del enorme vehículo.

Intentó esquivarlo, elevarse, pero fue golpeada violentamente y cayó herida.

Ya oscurecía, la neblina del invierno cubría el parque. Con un esfuerzo increíble la Garza voló, ¿por última vez?... hasta la laguna, pero no pudiendo sostenerse cayó, hundiéndose en el agua.

¿Cuántos años dura un suspiro de agonía?

¿Cuántos años duran las ilusiones?

Cristal vivía ahora en una gran ciudad.

Un día helado de invierno decidió ir al parque a pasear. Buscó la pequeña laguna y se sentó junto a ella.

La tarde ya moría entre los últimos rayos del sol y la penumbra que precede a la noche. Una neblina fría y azul se levantaba desde el agua.

De pronto... ¡Ahí estaba!... Sí, ahí estaba su pájaro. ¡El Pájaro Azul! Bajando en un vuelo lento un ave cruzaba la neblina y se posaba en el agua; y era azul, de un azul suave e intenso que llenó de alegría a la joven.

— Mi felicidad... — musitó, pero entonces, ¡No!... Vio que el ave se doblaba extrañamente y caía hundiéndose en el agua.

Sin pensarlo dos veces, penetró en la laguna y la recogió con cuidado.

— ¡Ave! — exclamó. ¿Garza..., eres tú acaso mi Pájaro Azul?

Pero la Garza, al parecer gravemente herida, no respondió.

Entonces Cristal desabrochándose el abrigo, la envolvió contra su pecho para darle calor: calor y fuerza y valor.

El ave, con la fuerza que Cristal le daba, abrió sus ojos y la miró.

—Cristal —la reconoció—, Cristal, amiga mía, por fin te encuentro, aunque ya no...

Entonces Cristal también la reconoció.

—Shhh... calla, no digas nada, mi Garza —le dijo, apretándola con amor—; habrá tiempo para conversar.

—Ya es muy tarde —dijo el ave—, estoy herida y voy a morir. Pero quiero regalarte algo: quiero darte la belleza y la armonía de mi vuelo.

Cristal apretó más aún a la garza, como si quisiera fundirla con su cuerpo.

Entonces sucedió algo maravilloso...

De pronto, Cristal comenzó a sentir cómo la garza se iba deshaciendo entre sus manos, sintió que se iba convirtiendo, poco a poco, en parte de ella misma, hasta desaparecer por completo. Sólo quedaron sus propias manos apretando el pecho.

— ¿Garza?... Garza... ¿dónde estás? — llamó con ganas de llorar y de reír.

— Aquí, en tí — respondió la Garza —. Cristal, ya no tengo miedo de tu fuerza, porque ahora también es la mía.

— Y yo ya no envidio la armonía de tu vuelo, porque ahora también es el mío — murmuró la joven.

Algo muy dulce la invadió, algo dulce, tranquilo e inquietante.

El Pájaro Azul, pensó, el Pájaro Azul es mi felicidad, soy yo.

Se levantó y comenzó a danzar y sus pies no tocaron casi el suelo.

Era la danza que buscaba: alegría, be-

lleza, calidez, amor. Podía expresarlo todo en su baile.

— Es como si tuviese alas — pensó.

Y así fue como la joven Cristal llegó a ser la más hermosa y feliz bailarina que tú jamás hayas conocido...



Desde **9** años

Dos historias distintas de dos hermosas jóvenes: la de Cristal, la bailarina, y la de Alhelí y su trovador. Lo que sucedió en aquel congreso de sabios tontos, en que cada uno de los habitantes de la selva se creía más indispensable que los demás... Así es que las lágrimas son transparentes; ¿por qué? ¿Por qué los relojes hacen tic-tac? ¿Por qué no hay rosas negras?...

Seis sorprendivos cuentos de Saúl Schkolnik, gran conocedor de los niños porque gusta mucho de conversar con ellos. Saúl es chileno, arquitecto y licenciado en Filosofía. Ha publicado muchos libros. Algunos, como **Erase una vez un hermoso planeta llamado Tierra**, fue premiado por la UNESCO. Otros —también publicados en esta misma colección— se reeditan continuamente, como **Cuentos de los derechos del niño**, **Cuentos para sonreír**, **Cuentos del Tío Juan**, **el zorro culpeo** y **Cuentos para tiritar de miedo**.



CODIGO 61-2



